



Es lógico que un boxeador castigado por los golpes pierda sustancia gris; pero lo que no es tan lógico es el cúmulo de comportamientos infantiles que han ocurrido en el largo asunto Carrasco-Mando Ramos.

BOMBAS Y BOXEO

El organizador de la velada boxística Carrasco-Mando Ramos había recibido una carta sumamente alarmante: «Si no retransmitís el combate por televisión, pondré una bomba en el Palacio de los Deportes de Madrid. No me importa si mueren quinientas, mil personas, si entre ellas estás tú». Fue la primera bomba de un auténtico bombardeo, con la ventaja de que esta bomba inicial sólo figuró por escrito.

A la tercera va la vencida, y sobre el ring del Palacio madrileño se enfrentaban por tercera vez Carrasco y Mando Ramos con el mismo título en juego. Hagamos historia, que es lo que suele hacerse en estos casos: en el primer combate, el árbitro nigeriano Odubote regaló el combate a un Carrasco flotante en pleno hormiguero de estrellitas azules, arrullado por el alegre trinar de los pájaros que pueblan la semiinconsciencia. Cuando Carrasco volvió del ensueño en el que le había sumergido el «punch» de Mando Ramos, preguntó, cual Bella Durmiente del Bosque: «¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?». Poco entusiasmo alrededor de Carrasco campeón del mundo, porque todo el público había presenciado por televisión las originales apreciaciones de Odubote, y si bien Carrasco no estaba en condiciones ni físicas ni mentales para extrañarse de que le proclamaran campeón del mundo, el público tenía suficientes elementos de juicio como para oler a chamusquina.

Por si no tenía suficiente, el señor Duque, presidente de la Federación Española de Boxeo, le dio unos cuantos más: «Ya era hora de que respondiéramos a las arbitrariedades que cometen con nosotros en el extranjero». ¿Para qué mayor claridad? Al fin y al cabo, arbitrariedad también viene de árbitro.

Los guerreros del anticipo

El Consejo Mundial de Boxeo desposeyó a Carrasco de su efímero título. El chico ya había despertado y dijo que él tampoco quería un título tan raramente ganado. ¿Quién se lo había dado, pues? El profesor Velázquez, presidente del Consejo Mundial de Boxeo, emplazó a Ramos y Carrasco a un segundo combate en Los Angeles. Mando es «chicano» y uno de los héroes deportivos de la ciudad. El muchacho llegó al combate con exceso de peso y tuvo que sudar y hacer pis horas extras

para perder kilos. Debilitado por las carreras entre el lugar del pesaje, la sauna y el urinario, Mando Ramos realizó un flojo combate. Carrasco llevó la iniciativa, dominó técnicamente y consiguió evitar el velocísimo «punch» corto de Mando Ramos. Claro vencedor a los puntos, esta vez Carrasco acabó el combate en condiciones físicas y mentales de darse cuenta de que el veredicto que daba vencedor a Mando Ramos era una injusticia.

El profesor Velázquez declaró que Carrasco merecía una nueva oportunidad, porque el combate de Los Angeles no estaba claro. Y así surgió el enfrentamiento de Madrid. Por fin se sabía quién era el campeón del mundo. El señor Velázquez tampoco asistió a esta tercera versión. Envió a un representante, el señor Sulimán, cuyo nombre nos evoca aquellos entrañables personajes árabes de El Guerrero del Antifaz. Y algún guerrero del antifaz debe ir suelto por el mundo del boxeo, un mundo en el que los únicos que dan la cara son los boxeadores.

Bombas

El combate de Madrid empezó con la amenaza de la bomba.

Con la declaración patriótica de los promotores de que iban a perder millones: «En los combates de boxeo de España hay 4.000 gorrones», dijo el señor Bamala días antes del combate. Pero ese misterioso impulso patriótico que hizo de una tal señora Agustina nada menos que Agustina de Aragón, convierte, según parece, a los promotores de boxeo en mecenas de la españolización.

Luego vino el anuncio de la bomba. Y después, el combate. Nada más empezar, dos bombazos de Mando Ramos tiraron por el suelo a Carrasco en el primer y segundo asalto. A partir de este momento el combate se imitó a ser una persecución constante de Ramos a Carrasco, con el dedo puesto sobre el gatillo en espera de descargar el puñetazo definitivo. Carrasco aguantó bien las arremetidas y fue picoteando sobre el rostro obsesivo de Mando Ramos. El «chicano» avanzaba como un «kamikaze», sabedor de que Carrasco no es un pegador, confiado en su fabulosa capacidad de encajador y atento a la posibilidad de darle un buen bombazo al onubense. Carrasco boxeo siempre con la marcha atrás puesta. Pegó mucho, pero flojo y siem-

pre dejó constancia de su fragilidad ante el temido puño de Mando.

No obstante, al acabar el combate había esperanzas de nulo o de ligera ventaja de Carrasco a los puntos. El árbitro mexicano Ray Solís dio la victoria a Mando y las bombas de verdad empezaron a caer sobre el ring. Falta allí el testimonio ocular de los que utilizaron la marimorena de los seguidores del Glasgow Rangers para decir que no nos interesaba ingresar en «esa Europa». Españoles armados con latas de cerveza escogieron el ring del Palacio de los Deportes como blanco convencional. Muchas sillas pasaron a mejor vida. Y las bombas de cerveza y las bombas verbales dejaron constancia de que los españoles donde no llegamos con los puños llegamos con la lengua y las latas de cerveza.

Ultima bomba

Si por la boca muere el pez, podríamos hacer el chiste fácil de que las desgracias de Mando Ramos vienen de hacer pis. Demasiado diurético en los Angeles y ahora en Madrid el control «anti-doping» ha descubierto rastros de estimulantes en la orina del campeón. Sin fallar todavía el caso mientras escribo estas líneas, cabe en cambio una seria reflexión sobre la edad mental de cuantos están metidos en la farsa boxística. Es lógico que un boxeador castigado por los golpes pierda sustancia gris. Pero lo que no es tan lógico es el cúmulo de comportamientos infantiles que han ocurrido en el largo asunto Carrasco-Mando Ramos. Organizadores por lo patriótico, ejecutivos con la boquilla fácil, «managers» y cuidadores en el justo límite entre lo pintoresco y lo otro... y en medio de este lío dos muchachos dándose porrazos. Es cierto que hay deportes más crueles, como ese deporte afgano que consiste en jugar al polo con una ternera decapitada (se aconseja que no sea ternera congelada porque pesa demasiado). Pero en la escalada de la tontería humana organizada, el boxeo ocupa uno de los peldaños más elevados.

Televisión Española haría santamente promocionando el ping-pong. Un deporte bonito, incruento y políticamente muy eficaz. El boxeo se acerca demasiado a los extremos de la payasada y la tragedia. ■ LUIS DAVILA.